

Caín y Abel

Meyer, Jean

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Meyer, J. (1997). Caín y Abel. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 41(167), 99-109. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1997.167.49426>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

Caín y Abel

JEAN MEYER

Resumen

En este artículo el autor señala que el siglo xx ha sido una larga centuria de masacres y genocidios. El primero de ellos fue el de los armenios a manos de los turcos, al cual siguió el asesinato masivo de judíos y gitanos bajo el nazismo y, en nuestros días, la "limpieza étnica" que ha tenido lugar en los Balcanes, espacio geográfico recorrido por salvajes matanzas a lo largo de todo el siglo. Racismos, exclusiones de toda índole y nacionalismos mortíferos se han dado y pueden darse en cualquier lugar. Frente a ello hay que recuperar la noción del "extranjero" como prójimo y no olvidar la historia bíblica de Caín, que asesina a Abel y no puede responder a la pregunta divina: "¿Dónde está tu hermano?" Nuestra respuesta a esa pregunta es la única alternativa para evitar ser tanto verdugo como víctima.

Abstract

The 20th century has been marked by genocide and massacre. Early in the century Armenians fell annihilated by Turks, always too soon followed by Jews and Gypsies under Nazi terror, and on up to our days with the "ethnic cleansing" in the Balkans, that bloodtarnished geography of our century. Racism, exclusion of all genders and types, mortal nationalism, these seeds have found and can find opportune soils anywhere. To offset their sowing, we must regain the notion that the "alien" is in fact brethren. We must strive to remember the Bible story of the First Murder: having slain Abel in wrath, Cain was short of a truthful answer when the Lord asked "Where is thy brother?" Our honest answer to this question is the only alternative to avoid becoming both victims and executioners.

En el principio de la historia se encuentra la tremenda pregunta que le hace Dios a Caín: "¿Qué ha sido de tu hermano Abel?", y la tremenda contestación del homicida: "¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? Yo no sé."

En la Edad Media, y hasta el siglo xvii, en Europa se creía de manera general en la realidad de la posesión del demonio, el Diablo, con *D* grande, que podía, solía tomar a alguna criatura animada. Hasta la fecha, las creencias populares van en ese sentido en muchas

culturas. Tal posesión se la representaban como individual, es decir, que el diablo tomaba posesión de una persona, sea por medio de un pacto, de un convenio o de un maleficio.

Hoy en día —quiero decir en el siglo xx y, posiblemente, en el que viene— se podría escribir un libro de historia sobre la posesión y el poseso moderno para demostrar cómo los hombres se abandonan al “malo” en masa y ya no en forma individual.

“Este siglo me saltó encima como un lobo”, escribió el gran poeta ruso Osip Mandelstam, deportado y fusilado por órdenes de Stalin. Este siglo empezó en 1895 con las grandes matanzas de armenios en el Imperio Otomano; siguió en 1906 con nuevas matanzas de armenios ordenadas por un partido moderno, el Joven-Turco: ya el historiador no puede invocar la barbarie arcaica y los viejos odios tribales. Las guerras balcánicas, a partir de 1913, soltaron los demonios en Serbia, Grecia, Bulgaria; redoblarían de 1941 a 1945 y, una vez más, a partir de 1991. En 1915 empezaba el genocidio perpetrado contra los armenios, bajo la orden del gobierno imperial turco.

Cuando, en 1939, un oficial alemán protestó tímidamente contra la orden dada por Hitler de formar comandos para exterminar a población civil en Polonia, el Führer le contestó: “¿Y quién se acuerda del exterminio de los armenios?”

¿Quién recuerda el exterminio de los armenios?

Hace 80 años, el 24 de abril de 1915, comenzaba en Constantinopla-Estambul el genocidio mencionado por Hitler.

La larga y complicada historia de las relaciones entre el Imperio Turco y los armenios cristianos no tenía por qué terminar de esa manera trágica. Los turcos, como sus rivales y vecinos los persas de Irán, trataron bien durante mucho tiempo a sus sabios y útiles *dhimmis* (“protegidos”) judíos, armenios y otros cristianos, ciertamente infieles pero “pueblos del libro”, de la *Biblia* respetada y reverenciada por Mahoma.

La tragedia armenia tardó en estallar; a lo largo del siglo XIX ocurrió, en forma paralela, la decadencia del Imperio Otomano y el movimiento de las nacionalidades. Los primeros en manifestarse fueron los griegos, y su temprana insurrección transformó a todas las na-

ciones cristianas en “traidores” potenciales a los ojos del sultán. Eso coincidía con el apogeo del renacimiento cultural armenio, inseparable de la aparición de un orgullo nacional. Hacia 1850 los armenios estaban listos para el reclamo político.

Griegos, egipcios, rumanos y búlgaros terminaban de ganar su independencia, con el apoyo, con la complicidad de Europa. ¿Por qué no habrían de hacer lo mismo esos armenios que descubrían la grandeza de su pasado, desde el rey Tigranes hasta san Gregorio el Iluminador? Sin embargo, ni el sultán ni los diplomáticos europeos se daban cuenta del cambio. ¿No estaba la corte en Estambul repleta de príncipes y notables armenios? ¿No estaba la alta administración llena de armenios que trabajaban en la modernización del imperio? Allí estaban, por ejemplo, los antepasados del penúltimo primer ministro de Francia, Eduard Balladur, hijo del director del Banco Otomano.

La masa del pueblo armenio, tres millones de personas, seguía en su estatuto de “casta”: el armenio no podía montar a caballo, ni llevar armas, ni vestir ciertos colores, tampoco ser testigo en la corte contra un musulmán... Otro elemento explosivo para el futuro era la presencia vecina del Imperio Ruso, el cual albergaba una importante población armenia. En su ofensiva secular contra el Imperio Turco, los zares seguían con interés el crecimiento del descontento entre los sujetos del sultán. Para Estambul, en la segunda mitad del siglo XIX, la serie de derrotas sufridas a manos de los rusos se explicaba por el “complot”, por la traición de la “quinta columna” cristiana, especialmente de los armenios.

El sultán Abdul Hamid II se ganó el apodo de “El Rojo” cuando, en 1894-1896, decidió “dar una lección a los armenios”. Con el pretexto de levantamientos campesinos contra el fisco

planificó y mandó ejecutar la matanza. 200 000 armenios fueron asesinados en esos tres años. Por su carácter sistemático y selectivo, esa masacre tomó forma de genocidio. Europa se limitó a protestar. No hubo intervención militar y los criminales no fueron castigados. Estambul atestiguó la vulnerabilidad de los armenios y los límites del intervencionismo europeo.¹

¹ Yves Ternon, *L'état criminel, les génocides au xxe siècle*, París, 1995.

Diez, quince años después, los militantes del movimiento Joven-Turco, modernizadores, progresistas, nacionalistas, hicieron más que el poder conservador otomano. En 1909 exterminaron a 30 000 armenios en Cilicia. La Primera Guerra Mundial les dio la oportunidad de actuar luego a una escala mayor, después de este primer intento. En 1914, el Imperio Turco optó lógicamente por la alianza con Alemania; lógicamente porque su enemigo más peligroso era el ruso, aliado de Francia e Inglaterra. Los armenios, por sus afinidades con los rusos, no podían escapar a la sospecha de ser traidores potenciales. La sospecha, curiosamente, no se confirmó en los hechos: los armenios convocados, por primera vez en la historia del Imperio, a portar las armas en el ejército, ni traicionaron ni desertaron; hubo menos desertiones en sus filas ¡que en las de los propios turcos! Quien quiere matar a su perro, dice que tiene rabia. Más adelante los sujetos árabes y griegos del imperio resultarían más peligrosos y verdaderamente rebeldes: los árabes se levantarían en armas y Lawrence sería de Arabia. Los armenios no tenían un territorio propio, se encontraban dispersos en todo el Imperio, ofrecían un blanco perfecto.

En 1915, después de sufrir varias derrotas frente a los rusos, los turcos empezaron la matanza en una región poblada de armenios. Ante la resistencia legítima de los habitantes de Van, el gobierno Joven-Turco decidió deportar a todos los armenios del Imperio hacia Siria. El 24 de abril —por eso los armenios recuerdan en ese día el genocidio—, un sábado de primavera, la operación inició en Estambul: toda la élite armenia ligada al poder: diputados, sacerdotes, escritores, maestros, médicos, periodistas fue asesinada o deportada. Ya no se trataba de castigar a unos cuantos campesinos inconformes, al estilo Zapata, sino de cortar la cabeza de una nación.

La deportación había empezado un mes antes. La tragedia la cuenta Franz Werfel en *Los 40 días del Musa Dag*. Sobre la historia de los años ulteriores y los indecibles sufrimientos de los armenios, se ha escrito una biblioteca entera. La deportación fue masiva e inmediata. Toda la gente, sin consideración de sexo ni de edad, tuvo que salir a pie hacia la estepa siria constantemente atacada por elementos diversos, entre los cuales se distinguieron los irregulares kurdos (cuyos descendientes son hoy víctimas de los turcos y de Sadam Husain). Según los cálculos más modernos, entre 1915 y

1922, 1 000 000 de armenios perdieron la vida. De 1894 a 1922, la mitad de los armenios del Imperio Turco desapareció.

Y en 1939, un tal Adolfo Hitler, rumiando quién sabe cuál proyecto, pudo contestar a su tímido crítico: “¿Quién recuerda aún el exterminio de los armenios?”

Antisemitismo y lucha de clases

Einstein dijo que “es más fácil descomponer el átomo que acabar con un prejuicio”. Muy cierto. Basta con ver la imposibilidad de hacer entender su error a quien odia a los negros, a los indios, a los blancos, a los gachupines, a los gringos, a los judíos. “Antisemitas: otro nombre de los tontos”, dijo Federico Nietzsche. El antisemitismo, como cualquier odio hacia un grupo étnico o social, puede manifestarse tanto con chistes de mal gusto, como con explosiones de violencia asesina. Puede y suele tomar muchas formas: ideológica, religiosa, psicológica, personal, colectiva, ilegal, legal, estatal. Se encuentra tanto en el mercado como en El Colegio Nacional, en expresiones “inocentes” como en discursos científicos. El odio contra la opresión de la patria se transformaba, en el alma de los insurgentes mexicanos o polacos, en odio contra los “gachupines” o contra los judíos. El gran Dostoievsky cayó más de una vez en ese pecado, odió al judío cuando debió haber denunciado al usurero, al empresario, al capitalista.

Según Vassili Grossman (*Vida y destino*) el antisemitismo es la expresión de la falta de talento, de la incapacidad para vencer en una lucha con armas iguales; eso vale tanto para las ciencias como para el comercio, para la artesanía como para la pintura. Los estados buscan explicaciones a sus fracasos en la actuación de la “judería internacional”. Pero el antisemitismo es también una manifestación de la falta de cultura en las masas populares, incapaces de analizar las causas de sus sufrimientos.

El mismo Vassili Grossman nos lleva más lejos al reflexionar sobre la satanización, por la revolución bolchevique, de categorías sociales enteras: oficiales, funcionarios del Imperio, sacerdotes, banqueros, comerciantes, industriales, pequeños propietarios y sus descendientes. Su héroe se pregunta:

La diferencia no era tan grande entre la pregunta soviética legítima de origen social y el sangriento problema de la raza tal como lo planteaban los alemanes. La distinción social me parece justa, moral. Para los alemanes, las diferencias de nacionalidad son igualmente morales. Me parece evidente que es horrible matar a los judíos bajo pretexto de que son judíos. Son hombres como los demás, pueden ser buenos, malos, dotados, estúpidos, alegres, sensibles, generosos o avarientos. Hitler dice sin importancia: “¡Son judíos y punto!” Claro, protesto con todo mi ser. Pero finalmente, seguimos [los soviéticos] el mismo principio. Lo que importa es que uno sea o no de origen noble, hijo de pequeño propietario o de tendero.

“Limpieza étnica”

Recordamos en fecha reciente los 50 años de la derrota del nazismo y del militarismo racista japonés; recordamos los millones de inocentes exterminados en los campos de la muerte nazis: cinco o seis millones de judíos, 1 500 000 gitanos, masacrados por la única razón de que pertenecían a un grupo social que los nazis querían borrar de nuestra tierra.

1945 no significó el fin de esos casos de posesión colectiva. Sería demasiado largo enumerar todas las naciones, todos los grupos sociales, étnicos o religiosos victimizados, las decenas de millones de personas desplazadas porque así lo había decidido el Estado moderno: 15 millones en Europa Oriental en 1945, millones en Asia, millones en África. En 1994, en Ruanda, un Estado moderno, después de una preparación ideológica larga y sistemática, utilizando la movilización del partido único de hecho y de la administración, lanzó a la mitad del pueblo contra la otra mitad: 750 000 muertos en tres semanas. Desde 1991, la “limpieza étnica” devasta Bosnia-Herzegovina y Croacia.

Se ha querido ocultar el hecho, grandioso y terrible, de que los pueblos son radicalmente diversos y de que el programa revolucionario francés de la nación-Estado —a cada nación, su Estado— puede ser devastador. La ingenua esperanza en el progreso creyó que esas diferencias podían nivelarse fácilmente, y terminamos con cierto vago internacionalismo, sea liberal, comunista o cristiano, que ha

urdido una visión del mundo en que se finge ignorar la diferencia entre las naciones.

Señala Ortega y Gasset:

Hasta no hace mucho, cuando a las islas Shetland, solitarias, remotas de toda otra tierra habitada, llegaba algún barco, los insulares se veían atacados por una violenta epidemia de tos convulsiva y estornudos. La aproximación de una raza extraña sacudía eléctricamente las raíces orgánicas de aquel pueblo. Valga esto como imagen simbólica de la heterogeneidad insuperable que yace en el seno de los destinos étnicos.

No me asusta esa heterogeneidad, es parte de la riqueza de la vida. El problema surge cuando un grupo, desde el poder titánico que le da la tecnología moderna, pretende, en nombre de la raza, de la religión, de la revolución, acabar con otro grupo: acabar con los armenios o los turcos, con los judíos o los protestantes, con los musulmanes o los católicos, con los campesinos o los comerciantes.

Hay que luchar para que el Estado no caiga nunca en manos de esa gente, para que el Estado no se deje llevar nunca por esa vía. Me consta que en varias ocasiones se le pidió al presidente de México la "expulsión de todos los mestizos (o de todos los ladinos) de la comunidad", "la expulsión de todos los que no son X, en la comunidad de los X, de todos los que no son H o C, por los cuatro costados, en la comunidad de los H o C". Esa expresión popular de "los cuatro costados" es tremenda. Según las leyes de Nuremberg, las famosas leyes de defensa de la pureza de la raza, uno tenía que comprobar que no era judío por ninguno de los cuatro costados, es decir, de los cuatro abuelos. Exactamente lo que le pidió el presidente municipal del pueblo X al presidente de la República.

La nieve y los perros

Así se llama la novela de Vidosav Stevanovic.² Una vez más, por tercera ocasión desde que empezó la guerra en los Balcanes, la nieve se ha derretido y ha dejado al descubierto los cadáveres y las osa-

² Vidosav Stevanovic, *La nieve y los perros*, París, Belfond, 1993.

mentas. En los llanos, en los valles, en la sierra, en las ciudades sitiadas se muere la gente de muerte nada humana; se mueren los presos en los campos y las mujeres en los campos-burdeles; los tiros de minas están llenos de cuerpos. Por todos lados andan sueltos los perros, “aquellos grandes perros negros, siempre más negros, siempre más silenciosos”.

Stevanovic nos enseña lo que se ve cuando los periodistas extranjeros, expulsados por el gobierno serbio, se retiran, cuando ya no hay cámara de televisión. “En los Balcanes no se hace la guerra. En los Balcanes se mata todo lo que vive, todo lo que se mueve, todo lo que está muerto; todo lo que existe o podría existir [...]. Iglesias, templos, mezquitas, panteones, museos, bibliotecas, para que del otro no quede nada, ni un recuerdo histórico. No vaya a servir de prueba algún día.”

Cuando era pequeño tuve que leer el *Diario de Anna Frank*, ver *Noche y neblina* de Alain Resnais, ver el *Guernica*; después vi y no pude olvidar los cuadros de Goya sobre las atrocidades cometidas por los franceses en España; después leí, y no pude olvidar, el *Archipiélago Gulag* y los *Relatos de Kolyma*, de Shalamov. El libro de Stevanovic nos lleva a lo mismo, con la diferencia de que no se trata de una pesadilla del pasado, sino de un presente demasiado presente, actual y prolongado. El infierno sobre la tierra. En 1994 alguien dijo que el infierno había quedado vacío porque todos los diablos se encontraban en Ruanda. “Algunos siguen pastoreando sus perros negros en Bosnia, y les gustaría pasearse también en el Kosovo vecino y al lado en Macedonia.”

Supimos o creímos saber todo: libros blancos, azules, negros, informes de comisiones internacionales, reportajes. Leímos, hasta oímos y vimos en televisión los testimonios de presos atormentados, de mujeres violadas, de esqueletos vivientes, de niños mutilados. El libro suma todo esto y más porque habla por la conciencia alucinada de los verdugos. El serbio Stevanovic, en un tiempo exiliado, valientemente presente en su país, revela el apocalipsis, cuando los jinetes andan sueltos: “Una niña de 10 años que unos milicianos ordinarios queman, lentamente, sobre una parrilla. La mojan con *raki* (alcohol) —arde mejor—. Mean. Se hunden luego en sus sueños de brutos. Y la queja identificada aniquila nuestras noches.” (Cuesta trabajo copiar esas frases.)

Es el libro de los infiernos vividos por una familia sin adjetivos (los milicianos tampoco son calificados) que se está desintegrando en el éxodo y la peregrinación. Los hombres, pero no sé si son hombres o perros, se convierten en verdugos al incorporarse a las bandas del "Capitán", que bien podría ser el siniestro "héroe" serbio, Arkan, señalado como criminal de guerra para el improbable juicio de Nuremberg que no le espera. ¡Son tantos los Arkan en este interminable episodio balcánico de muerte! El martirio de las poblaciones atrapadas en aquella trampa es insoportable, porque Stevanovic no perdona nada; dedica el libro a las víctimas enterradas vivas en las catacumbas de la ciudad bombardeada y vigilada sin piedad por los francotiradores.

Serbio, el autor salva el honor de los serbios (por cierto hay entre 150 000 y 300 000 muchachos serbios que se han negado a hacer su servicio militar para no tener que participar en la barbarie). Este escritor del Círculo de Belgrado no tiene ninguna ilusión en cuanto al porvenir inmediato; conoce demasiado bien el sonambulismo de los verdugos, esos "combatientes del pueblo" inmunizados por la lógica sin falla del odio racial y del "nacional-comunismo de guerra". Imposible separar lo político de lo humano. El régimen de Belgrado es responsable. Más aún: no sé qué maldición balcánica hizo de todos los hombres de aquella "isla" matones y sádicos potenciales. Más atroz aún que Ivo Andric,³ Stevanovic no nos desespera por completo; nos deja "una pequeña brecha de esperanza". Está María, quien, en su sótano, próxima a morir, sigue escribiendo su diario; su perro, que no tiene nada que ver con los malditos perros negros; Cristos, niño de cinco años que se ha condenado a no hablar más; y el hermano misterioso que comparte su miseria con Ismael, el albanés del kosovo, otro peregrino condenado por la opresión. Aquellos "casi incapaces de mantenerse de pie" son, en última instancia, los vencedores, cuando obligan a los verdugos, los perros negros, los políticos, a preguntarse: "¿cómo fue que no logramos vencer a esas sombras, a esos fantasmas?"

Este libro, publicado en París, nos remite a la gran confesión de otro serbio, Dobritsa Chosich, en *El tiempo del mal*.⁴ Chosich cuenta

³ Premio Nobel de Literatura, 1961, autor de la célebre novela *Un puente sobre el Dnina*, Barcelona, Orbis, 1962.

⁴ Dobritsa Chosich, *El tiempo del mal*, París, L'Âge d'Homme, 1990, 2 tomos.

en esa inmensa novela la confrontación entre el comunismo y el fascismo en una "porqueriza" humana en la cual las "tribus yugoslavas" daban al enfrentamiento un paroxismo especial. Su novela permite entender mejor lo que está pasando 50 años después en la ex Yugoslavia y es, al mismo tiempo, una confesión comunista. Chosich busca la frontera, nada cierta, en donde los dos totalitarismos del siglo se encuentran, y la halla, como Grossmann y Gheorghiu, en las oficinas de los verdugos negros y rojos que entregan los cuerpos atormentados de los herejes. Nos ayuda a entender cómo el estalinismo, el comunismo, fue la "estructura absoluta" que intentó apoderarse del alma de Rusia, de Europa, de Yugoslavia, país que soñó como nadie ser Europa. Nos ayuda a entender no solamente el pasado mortífero escrito por la Gestapo y la KGB, los *chetnik* y los comunistas, sino también lo que pasa hoy y por qué esa "isla de los Balcanes" es uno de los puntos del mundo en el cual se sufre más hoy en día. Otra vez, los "soñadores asesinos de soñadores" han emprendido una sesión de autodestrucción.

El odio llena a esos hombres deshechos, un odio inventivo, un odio reconocido que se justifica con todas las religiones, con todas las historias nacionales. Odio en 1913, odio en 1941, odio en 1995... Chosich nos ha proporcionado, como Dostoievsky, la leyenda del gran inquisidor (Petar, el chekista, "creyente" e inquisidor de la última de las grandes sectas cristianas, el bolchevismo), una nueva visión de los "poseosos", esos hombres inhumanos que marcan aún, con sangre, nuestra historia poscristiana, posmodernista, poscomunista.

Un amigo me escribe que el sol brilla en Sarajevo, que las calles están llenas de gente que sale a tomar el sol. Cita, en su esperanza indestructible, este "verso demente" del gran poeta serbio Niegoch: "¡Que sea lo que ser no puede! ¡Que venga la paz!"

Conclusión

Ninguna sociedad puede vanagloriarse de que a ella no le tocará nunca el etnicismo mortífero que consiste en "desplazar" o en aniquilar a quien pertenece a otra etnia. Hay que recordar el decálogo y el mandamiento "NO MATARÁS"; hay que recordar el mandamiento

“amarás a tu prójimo como a ti mismo”. El “otro”, el extranjero es mi prójimo. Como dice María Zambrano en *La confesión*: “La vida deja de ser pesadilla cuando se ha restablecido el vínculo filial, cuando hemos encontrado al Padre, pero también a los hermanos; cuando podemos contestar a la tremenda pregunta ‘¿Qué ha sido de tu hermano?’ Cuando la pregunta no necesita sernos siquiera dirigida porque aparecemos yendo de su mano.”

No debemos tener que contestar: “mi hermano (judío) está en una fosa común en Babi Yar (Ukrania)”, “mi hermano (serbio) está en una fosa común cerca de Banzha Luka (1943)”, “mi hermano (bosnio) está en una fosa común en Srebrenitsa (1995)”, “mi hermano (tutsi) está en una fosa común en Ruanda”... Hay que ser vigilante frente a la siempre posible guerra cainita, porque si no la vida se vuelve una pesadilla, y la existencia imposible para el hombre desfraternizado, verdugo y víctima.